

recedera que las mueve y gobierna y hace girar á todas; música de números concordés, que oye-ron los pitagóricos, y San Agustín y San Buenaventura, y que es la fórmula y la cifra de la estética platónica.

Todo lleva á Dios el alma del poeta, no asida nunca á las formas sensibles, ni del arte ni de la naturaleza (con ser de todos los nuestros quien más la comprendió y amó), sino ávida de lo infinito, donde centellean las ideas madres, cual áureo cerco de la Verdad suprema; donde se ve distinto y junto

«Lo que es y lo que ha sido,
Y su principio cierto y escondido:»

donde la paz reina y vive el contento, y donde sesteá el buen Pastor, ceñida la cabeza de púrpura y de nieve, apacentando sus ovejas con inmortales rosas, productoras eternas de consuelo,

«Con flor que siempre nace,
Y cuanto más se goza, más renace.»

¿Y será hipérbole, Señores, el decir que tales cantos traen como un sabor anticipado de la gloria, y que el poeta que tales cosas pensó y acertó á describir, había columbrado en alguna visión la morada de grandeza, el templo de claridad y de hermosura, *la vena del gozo fiel*, los

repeustos valles y los riquísimos mineros, y las esferas angélicas

«De oro y luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas¹»

Pero aún hay una poesía más angélica, celestial y divina, que ya no parece de este mundo, ni es posible medirla con criterios literarios, y eso que es más ardiente de pasión que ninguna poesía profana, y tan elegante y exquisita en la forma, y tan plástica y figurativa como los más sabrosos frutos del Renacimiento. Son las *Canciones Espirituales* de San Juan de la Cruz, la *Subida del monte Carmelo*, la *Noche oscura del alma*. Confieso que me infunden religioso terror al tocarlas. Por allí ha pasado el espíritu de Dios, hermoseándolo y santificándolo todo:

«Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,

¹ Como se ve, apenas aludo más que á las odas *Noche serena*, *A Salinas*, *A Felipe Ruiz*, *A la vida del Cielo*, que son las que tienen el carácter místico más señalado. En otras, v. gr., la del *Apartamiento*, hay rasgos de misticismo, y en una de las atribuidas á Fr. Luis de León por el P. Merino, la cual no suele imprimirse en las ediciones vulgares, se leen estas dos bellísimas estrofas, que, si no son del gran Maestro, merecen serlo:

«¡ Oh aires sosegados,
Ya libres de las voces y ruidos,
Al cielo encaminados,
Del corazón salidos,
Llevad con vuestras ondas mis gemidos!
Lleguen á la presencia,
Del uno entre millares escogido:
Lamentando su ausencia,
En tierra del olvido
Queda mi corazón de amor herido.»

Y yéndolos mirando,
 Con sola su figura
 Vestidos los dejó de su hermosura.»

Juzgar tales arrobamientos, no ya con el criterio retórico y mezquino de los rebuscadores de ápices, sino con la admiración respetuosa con que analizamos una oda de Píndaro ó de Horacio, parece irreverencia y profanación. Y, sin embargo, el autor era tan artista, aun mirado con los ojos de la carne, y tan sublime y perfecto en su arte, que tolera y resiste este análisis, y nos convida á exponer y desarrollar su sistema literario, vestidura riquísima de su extático pensamiento.

La materia de sus canciones es toda de la más ardorosa devoción y de la más profunda teología mística. En ellas se canta la dichosa ventura que tuvo el alma en pasar por la oscura noche de la fe, en desnudez y purificación suya, á la unión del amado; la perfecta unión de amor con Dios, cual se puede en esta vida, y las propiedades admirables de que el alma se reviste cuando llega á esta unión, y los varios y tiernos afectos que engendra la interior comunicación con Dios. Y todo esto se desarrolla, no en forma dialéctica, ni aun en la pura forma lírica de arranques y efusiones, sino en metáfora del amor terreno,

y con velos y alegorías tomados de aquel divino epitalamio en que Salomón prefiguró los místicos desposorios de Cristo y su Iglesia. Poesía misteriosa y solemne, y sin embargo lozana y pródiga y llena de color y de vida; ascética, pero calentada por el sol meridional; poesía que envuelve las abstracciones y los conceptos puros en lluvia de perlas y de flores, y que, en vez de abismarse en el centro del alma, pide imágenes á todo lo sensible, para reproducir, aunque en sombras y lejos, la inefable hermosura del Amado. Poesía espiritual, contemplativa é idealista, y que con todo eso nos comunica el sentido más arcano, y la más penetrante impresión de la naturaleza, en el silencio y en los *miedos veladores* de aquella noche, *amable más que el alborada*, en el *ventalle de cedros*, y el aire del almena que orea los cabellos del Esposo:

«Mi amado, las montañas,
 Los valles solitarios nemorosos,
 Las ínsulas extrañas,
 Los ríos sonorosos,
 El silbo de los aires amorosos,
 La noche sosegada
 En par de los levantes de la aurora,
 La música callada,
 La soledad sonora

 Detente, Cierzo muerto,

Ven, Austro que recuerdas los amores,
Aspira por mi huerto,
Y corran tus olores,
Y pacerá mi amado entre las flores.

.....
Gocémonos, amado,
Y vámonos á ver en su hermosura
El monte y el collado,
Do mana el agua pura:
Entremos más adentro en la espesura.
Y luego á las subidas
Cavernas de las piedras nos iremos,
Que están bien escondidas,
Y allí nos entraremos,
Y el mosto de granadas gustaremos.
Nuestro lecho florido
De cuevas de leones enlazado,
De púrpura teñido,
En paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.
Á zaga de tu huella,
Los jóvenes discorren el camino,
Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones del bálsamo divino.»

Por toda esta poesía oriental, transplantada de la cumbre del Carmelo y de los floridos valles de Siona, corre una llama de afectos y un encendido amoroso, capaz de derretir el mármol. Hielo parecen las ternezas de los poetas profanos al lado de esta vehemencia de deseos y de este fervor en la posesión, que siente el alma des-

pués que bebió el vino de la bodega del Es-
poso:

«Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos,
Y sólo para ti quiero tenellos.
.....
Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el amado,
Cesó todo y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.»

¿Y aquel otro rasgo, que no está en el *Cantar de los Cantares*, y que, no obstante, es admirable de verdad y de sentimiento:

«Cuando tú me mirabas,
Su gracia en mí tus ojos imprimían?»
.....

Y todo esto es la corteza y la sobrehoz, porque, penetrando en el fondo, se halla la más alta y generosa filosofía que los hombres imaginaron (como de Santa Teresa escribió Fr. Luís), y tal que no es lícito dudar que el Espíritu Santo regía y gobernaba la pluma del escritor. ¿Quién le había de decir á Garcilasso que la ligera y gallarda estrofa inventada por él en Nápoles, cuando quiso domar por ajeno encargo la esquivez

de doña Violante Sanseverino, había de servir de *fermosa cobertura* á tan altos pensamientos y suprasensibles ardores? Y, en efecto, el hermoso comentario que en prosa escribió San Juan de la Cruz á sus propias canciones, nos conduce desde la desnudez y desasimiento de las cosas terrenas, y aun de las imágenes y apariencias sensibles, á la noche oscura de la mortificación de los apetitos que entibian y enflaquecen el alma, hasta que, libre y sosegada, llega á gustarlo todo, sin querer tener gusto en nada, y á saberlo y poseerlo todo, y aun á serlo todo, sin querer saber ni poseer ni ser cosa alguna. Y no se aquieta en este primer grado de purificación, sino que entra en la vía iluminativa, en que la noche de la fe es su guía, y como las potencias de su alma son fauces de monstruo abiertas y vacías, que *no se llenan menos que con lo infinito*, pasa más adelante, y llega á la unión con Dios en el fondo de la sustancia del alma, en su centro más profundo, donde *siente el alma la respiración de Dios*; y se hace tal unión cuando Dios da al alma esta merced soberana que todas las cosas de Dios y el alma son una en transformación participante, y el alma más parece Dios que alma, y aun es Dios por participación, aunque conserva su ser natural unida y transformada, «como la vidriera

le tiene distinto del rayo, estando de él clarificada.» Pero no le creamos iluminado ni ontologista, ó partidario de la intuición directa, porque él sabrá decirnos, tan maravillosamente como lo dice todo, que en esta vida «sólo comunica Dios ciertos visos entre-oscuros de su divina hermosura, que hacen codiciar y desfallecer al alma con el deseo de lo restante.» Ni le llamemos despreciador y enemigo de la razón humana, aunque aconseje desnudarse del propio entender, pues él escribió que «más vale un pensamiento del hombre que todo el mundo,» y estaba muy lejos de creer permanente, sino transitorio y *de paso*, aquel éxtasis de alta contemplación, del cual misteriosamente cantaba:

«Entréme, donde no supe,
Y quedéme no sabiendo,
Toda ciencia transcendiendo.»

.....

Después de Fr. Luis de León y de San Juan de la Cruz fuera injusto no hacer alguna memoria de Malón de Chaide, autor del hermoso, aunque algo retórico, libro de *La Conversión de la Magdalena*. Lástima que no tengamos más versos suyos que los pocos que intercaló en la misma *Conversión*, si bien bastan ellos para acredi-

tarle de eximio poeta, y aún más que las traducciones de *Psalmos*, las dos canciones originales:

«Óyeme, dulce Esposo,
Vida del alma que en la tuya vive....
Al Cordero que mueve
Con el cándido pie el dorado asiento....»

En el estilo y en el gusto se parece á Fr. Luís de León, y ciertamente se le acercaría si fuera más sobrio y recogido y ahorrara más las palabras, porque viveza de fantasía y calor de alma le sobran. Nunca pasará por lírico vulgar el que expresó de esta manera los goces etéreos:

«Cércante las esposas,
Con hermosas guiraldas coronadas
De jazmines y rosas,
Y á coros concertadas
Siguen, dulce Cordero, tus pisadas.
.....
Y cuando al mediodía
Tienes la siesta junto á las corrientes
Del agua clara y fría,
Del amor impacientes,
Ciñen en derredor las claras fuentes.
.....
Andas en medio dellas,
Dando mil resplandores y vislumbres,
Como el sol entre estrellas,
Y en las subidas cumbres
De los montes eternos das tus lumbres¹»

¹ Los velos de la alegoría que dan tan misteriosa y augusta oscuridad á las composiciones de San Juan de la Cruz y de Ma-

Temo que este discurso se va prolongando, demasiado, y por eso renuncio á hablar de otros poetas secundarios, aunque ya advertí al principio que la verdadera inspiración mística es cosa rarísima, aun en medio de aquella maravillosa fecundidad de la poesía devota que ilustra nuestros dos siglos de oro; y sólo rasgos espar-

lón de Chaide, desaparecen del todo en otros místicos nuestros, más didácticos y más frios: en el autor del *Estímulo del Divino Amor* (por ejemplo), ó en las octavas, por otra parte robustas y de hondo sentido, que se atribuyen al trinitario San Miguel de los Santos, hijo y patrono de la ciudad de Vich. Lope de Vega dijo de ellas que «no cabian bajo de potencia humana,» y que «eran suma de la perfección espiritual.» En ellas es más la doctrina que el arte, pero doctrina estupenda, y tal que basta á levantar, y aun á enervorizar, el estilo, enriquecido con prodigalidad y opulencia de ideas más que de afectos:

«Con esta luz ilustra la memoria
De imágenes y formas ya desnuda,
Y de esta vida triste y transitoria
A la firmeza de su ser la muda:
Con la lumbre de fe, la luz de gloria
Le da al entendimiento vista aguda:
Arde la voluntad por lo que ama
Con fuego de este amor en viva llama.
.....
La voluntad suprema á unirse viene
Toda en sí propia, y toda amor se hace:
Sube más alto y nada le detiene,
Muere mil veces, y otras mil renace:
Goza lo que ama, y aunque en sí lo tiene,
Su cuidadoso amor no satisface,
Que mientras más le goza más se aumenta,
Y siempre amando más, se queda hambrienta.
.....
Mas aunque goza á Dios, no comprende
Lo que hay en Dios ni cómo está en el cielo,
Que el ser humano y flaco no lo entiende,
Ni puede ver á Dios en mortal velo:
Goza de Dios amando, mas pretende
Conocerle y amarle en este suelo,
Y unirse por amor con El, de modo
Que un ser humano le parezca en todo.»

(*El alma en la vida unívoca*: octavas impresas en *La Veu de Monserrat*, 5 de Julio de 1879.)

cidos de ella encontraréis en esa selva de *Cancioneros Sagrados*, *Verjeles*, *Jardines* y *Conceptos Sagrados*, con que tanto bien y consuelo dieron á las almas, y tanta gloria á las letras, Fr. Ambrosio Montesino, Juan López de Úbeda, fray Arcángel de Alarcón, Alonso de Bonilla, el divino Ledesma, Pedro de Padilla, el maestro Valdivielso y Lope de Vega, superior á todos en su *Romancero Espiritual*¹. ¡Cuán grato me fuera

¹ En las *Rimas Sacras* de Lope hay algunas composiciones que pueden pasar por místicas, especialmente los romances cortos que principian:

«Estábase el alma
Al pie de la sierra...
Cantad, ruiseñores,
Al alborada,
Porque viene el Esposo
De ver al alma...»

En el *Cancionero* y *verjel de flores divinas* de Juan López de Úbeda se lee una glosa de una canción vieja:

«Yo me iba ¡ay Dios miol
Á Ciudad reale;
Errara yo el camino
En fuerte lugare...»

que es más bien ascética, pero que se da algo la mano con el género que estudiamos.

El precioso *Cancionero* de Valdivielso, ahora recientemente y con mucha elegancia reimpresso, contiene muchos versos devotos que frisan en lo místico, v. gr.:

«Vos mi cielo sois.
—Y Vos sois mi cielo.
—Vos sois centro-mío.
—Y Vos sois mi centro.
—¡Ay Dios, lo que os amo!
—Alma, ¡ay cuánto os quiero!
—En Vos me transformo.
—Y yo en Vos me quedo.
—Tomad Vos mis brazos.
—Y dadme los vuestros;

detenerme en todos esos romances, glosas, villancicos, endechas y juegos de Noche-Buena, y mostrar la invasión del elemento popular en ellos, y la infantil devoción, como de inocentes que juegan ante el altar, con que en ellos se disfrazan, sin daño de barras ni peligro de los oyentes, tan buenos cristianos como el poeta, los más augustos misterios de nuestra Redención, en raras alegorías, ya del misacantano, ya del juez pesquisidor ó del reformador de las escuelas, ó bien se parodian á lo divino roman-

Galán de mi alma,
Cercadme de flores,
Que de amores enferma,
Muero de amores.»

El *Estímulo del Divino Amor* se ha atribuido por algunos á Fr. Luis de León, pero el estilo no parece suyo. Le publicó Rengifo en su *Arte Poética* (Salamanca, 1592). Es poesía enteramente mística, como puede juzgarse por estas redondillas:

«Y si contemplar pudieras
Aquel arquetipo mundo,
Ejemplar de este segundo,
¡Oh, cuán altas cosas vieras!
Vieras otra esfera hermosa,
De otras líneas rodeada,
Y á cada cosa criada,
En Dios vuelta en otra cosa.
En su eterno entendimiento
Vieras á todas las cosas,
En cualidad más hermosas
Y en el número sin cuento.
En un círculo infinito
De inmensa capacidad,
Cuyo centro es la deidad,
Y su ser incircunscrito.» etc. »

Vid. *Romancero* y *Cancionero Sagrados* de la Biblioteca de Rivadeneira, y la *Floresta de Rimas Antiguas Castellanas* de Bolh de Faber.

ces viejos, y se difunden, con el tono y música de las canciones picarescas, *ensaladillas* y *chanzonetas* al Santísimo Sacramento! ; Bendita sencillez! ; ¿Dónde te has ido? Y al mismo género pertenecen nuestros Autos Sacramentales, de que quizá debería yo tratar, si ya no lo hubiese hecho, de tal modo que apenas deja lugar á emulación, el malogrado González Pedroso; y si no fuera verdad, por otra parte, que los *Autos*, más bien que poesía mística, son traducción simbólica, en forma de drama, de un misterio de la teología dogmática, y deben calificarse de poesía *teológica*, lo mismo que muchos lugares de la *Comedia* de Dante.

Aun en los tiempos de mayor decadencia para nuestra literatura, se albergó en los claustros, guardada como precioso tesoro y nunca marchita, la delicadísima flor de la poesía erótica á lo divino, conceptuosa y discreta, inocente y profunda, la cual, no sólo en el siglo xvii, sino en el xviii, y á despecho de la tendencia enciclopédica y heladora de la época, esparcía su divino aroma en los versos de algunas monjas imitadoras de Santa Teresa. De las que alcanzaron todavía el buen siglo, sólo os citaré á una, Sor Marcela de San Félix, y á ésta, no sólo por hija de Lope de Vega, sino porque dió sus ver-

sos á luz un compañero vuestro, y porque es gloria de la que podéis llamar vuestra casa, como monja de las Trinitarias. Así el romance de la *Soledad*, como el del *Pecador arrepentido* y el del *Afecto amoroso*, únicos suyos que conozco, son dignos del padre de Sor Marcela; teniendo, además, un sentimiento tan íntimo y fervoroso como Lope no le alcanzó nunca, ni siquiera en los *Soliloquios de un alma á Dios*, que compuso delante del Crucifijo. Verdadera poetisa la que acertó á decir en loor de la soledad mística:

«En ti gocé de mi esposo
Las pretendidas caricias,
Los halagos sin estorbos,
Los regalos sin medida.

.....
En ti me vi felizmente,
Muy negada y muy vacía
De criaturas y afectos,
Cuanto lejos de mí misma.

.....
En ti le pedí su unión
Con ansias de amor tan vivas,
Que no sé si le obligaron:
Él lo sabe y Él lo diga.

.....
¿Qué virtud no se alimenta
Con tus pechos y caricias?
¿Quién deja de estar contento,
Si te busca y te codicia?»

.....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1960. 3000 MONTERREY, MEXICO

Aún es mayor el movimiento lírico y el anhelo amoroso en otro romancillo corto :

«Sufre que noche y día
Te ronde aquezas puertas,
Exhale mil suspiros,
Te diga mil ternezas.

.....

Porque el amor fogoso
Que de fuerte se precia,
Por más que le acaricies,
Con nada se contenta.
Todo se le hace poco,
Si á conseguir no llega
Todo un Dios por unión,
Donde saciarse pueda ¹»

Hermanos de tales versos se dirían los de la sevillana Sor Gregoria de Santa Teresa, por más que falleciera en 1735. Era una alma del siglo XVI, y ni del prosaismo del suyo ni del conceptismo del anterior hay apenas huellas en sus romances tiernos y sencillos.

¡Cuán extraña cosa debieron de parecer á los discípulos de Luzán y de Montiano aquellas endechas suyas *Del pensamiento!* :

«Aquel profundo abismo
Del Sumo Bien que adoro,
Donde el alma se anega,
Y es su dicha mayor el irse á fondo

.....

¹ Molins, *Sepultura de Cervantes*, 1870, págs. 213 y siguientes.

Aquel aire delgado,
Silbo blando, amoroso,
Que el corazón penetra
Y la mente levanta á unirse al todo.

.....

Perdida mi memoria,
Mi entendimiento absorto,
Mi voluntad se rinde,
Y dulcemente en mar de amor zozobro.»

Y yo cambiaría de buena gana todas las sátiras y epístolas y églogas y odas pindáricas que los preceptistas de aquel tiempo hicieron, por algunos pedazos del romance del *Pajarillo* :

«¡Oh tú, que con blandas plumas,
Giras el vago elemento,
Sube más alto, si puedes,
Y serás mi mensajero.
Darás de mis tristes penas
Un amoroso recuerdo
Á la luz inaccesible
Del sol de Justicia eterno.
Dile que sus resplandores
Me tienen de amor muriendo,
Porque á la luz de mí fe
Descubro sus rayos bellos,
Y en ellos me engolfó tanto
Cuanto en ellos más me ciego,
Que es gloria quedar vencida
Del imposible que anhelo ¹»

La fama de Sor Gregoria de Santa Teresa fué

¹ *Poesías de la Venerable Madre Sor Gregoria Francisca de Santa Teresa* (Paris, Garnier, 1856), publicadas por M. La-tour.

grande en su tiempo, con ser su tiempo tan poco favorable á efusiones místicas. D. Diego de Torres escribió largamente su vida y virtudes, y á él debemos la conservación de las poesías que van citadas.

Aún fué mayor el nombre de la portuguesa Sor María do Ceo, cuyas obras se tradujeron en seguida al castellano (1744). Tenía, sin duda, ingenio no vulgar y más vigoroso que el de Sor Gregoria, y más hábil para concertar un plan, pero afeado con todo género de dulzazos ameneramientos. En la novela alegórica de *La Peregrina*, y en las muchas poesías intercaladas en ella, todas relativas al viaje del alma en busca de su divino Esposo; en el auto de las *Lágrimas de Roma*, y en las alegorías de las flores y piedras preciosas, hay brío de imaginación y hasta talento descriptivo y felices imitaciones del *Cantar de Salomón*¹; pero todo, aun la misma dulcedumbre, en fuerza de repetida, empalaga.

Con estas monjas coexistió y debe compartir el lauro la americana Sor Francisca Josefa de la

¹ *Obras varias y admirables de la Madre Maria do Ceo, religiosa franciscana y abadesa del convento de la Esperanza de Lisboa.* (Madrid, por Antonio Marin, 1744.) Dos tomos son los que han llegado á mis manos; quizá se publicó algún otro que en el prólogo del segundo se anuncia. El traductor fué el P. Flórez, oculto con un pseudónimo.

Concepción, de Tunja, en Nueva Granada (fallada en 1742), que escribió en prosa, digna de Santa Teresa, un libro de *Afectos Espirituales*, con versos intercalados, no tan buenos como la prosa, pero en todo de la antigua escuela¹, y á veces imitados de los de la Santa Carmelitana.

Fuera del claustro y de las almas femeninas, quizá el último anillo de nuestra poesía mística sea la oda *Á un pensamiento* de D. Gabriel Álvarez de Toledo, exhumada por el diligente historiador de la lírica del siglo pasado, á quien no he de nombrar, puesto que se sienta entre vosotros. Fué Álvarez hombre de largos estudios, dado á graves meditaciones, autor de una especie de Filosofía de la Historia, primer bibliotecario del Rey, y uno de los fundadores de esta Academia: poeta malogrado por el siglo infeliz en que nació, pero no tan malogrado que no nos dejase rastrear lo que pudo ser, por los dichos rasgos esparcidos en lo poco que hizo. Asombra encontrar, entre el cieno insulso de los versos que entonces se componían, una *meditación poética* tan alta de pensamiento y tan firme de estilo (fuera de algún prosaismo) como la ci-

¹ *Sentimientos Espirituales de la Venerable Madre Francisca Josefa de la Concepción de Castillo...* escritos por ella misma de orden de sus confesores.... Santa Fe, 1843.

tada. Estoy por decir que hasta los rasgos conceptuosos que tiene, están en su lugar y no la desfiguran, porque no son vacío alambicamiento, sino sutileza en el pensar del poeta, que ve entre las cosas extrañas relaciones y analogías:

«¿Qué oculto bien es este
Que en criaturas tantas,
En ninguna responde,
Y, para que le busque, en todas llama?
.....
Todos el bien procuran,
Y es consecuencia clara,
El que en sí no le tienen,
Pues nadie solicita lo que alcanza.
.....
¿De qué le sirve al ave
Batir la pluma osada,
Si la pihuella burla
El ligero conato de sus alas?
.....
Búscale, pues te busca,
Óyele, pues te llama,
Que descansar no puedes,
Si en su divino centro no descansas....»

Permitidme acabar con tan sabroso dejo esta historia compendiada de un modo de poesía que yace, si no muerto, por lo menos aletargado y decaído en nuestro siglo. Notaréis que he estudiado ese género frente á frente y en sí mismo, sin enlazarle con la historia externa, lo cual es-

candalizará, de seguro, á los que en todo y por todo quieren ver el *espejo* y el *reflejo* de la sociedad en el arte. Mas yo entiendo que contra estas enseñanzas, buenas y útiles en sí, pero absorbedoras de la individualidad y valor propio del artista, á poco que se exageren, conviene reclamar la independencia del genio poético, y, sobre todo, del genio lírico, y más aún del que no arenga á la multitud en las plazas, ni habla en nombre de una idea política ó social, sino de su propio y solitario pensamiento, absorto en la contemplación de las cosas divinas. Cuando tal estado de alma se dé, el poeta será más ó menos perfecto con los recursos y las formas que el arte de su tiempo le depare; pero, creedlo, será lírico de veras. Yo tengo tal confianza en la virtualidad y poder de la poesía lírica, que por igual me hacen sonreír los que la creen sujeta á la misma ley de triste decadencia que aflige á otras artes, v. gr., la escultura y el teatro, y los que, por el extremo contrario, aplicando torpemente lo que llaman ley del progreso, juzgan los cantos de nuestro siglo superiores á todos, sólo porque hablan más de cerca á sus aficiones y sentimientos. *Ne quid nimis*. Dios no agotó en los griegos y en los romanos el ideal del arte, y en cuanto á la poesía lírica, podemos

esperar confiadamente que vivirá, como dice la canción alemana, mientras haya cielos y flores, y pájaros y alboradas, y hermosura y ojos que la contemplen, y vivirá lozana y robusta en tanto que la raíz del sentimiento humano no se marchite ó seque.

Ni creamos que morirá la poesía mística, que siempre ha de tener por refugio algunas almas escogidas, aun en este siglo de duda y descreimiento, que nació entre revoluciones apocalípticas, y acaba en su triste senectud, dejándonos en la filosofía un nominalismo grosero, y en el arte la descripción menuda y fría de los pormenores, descripción por describir, y sin fin ni propósito, y más de lo hediondo y feo que de lo hermoso; arte que hasta ahora no ha encontrado su verdadero nombre, y anda profanando los muy honrados de *realismo* y *naturalismo*, aplicables sólo á tan grandes pintores de la vida humana como Cervantes, Shakespeare y Velázquez.

Más duros tiempos que nosotros alcanzaron nuestros abuelos: ellos vieron cerrados los templos, y la cruz abatida, y perseguidos los sacerdotes, y triunfante el empirismo sensualista y la literatura brutal y obscena, y tenuta toda religión por farándula y trapacería. Y, sin embar-

go, todo aquello pasó, y la cruz tornó á levantarse, y el espíritu cristiano penetró como aura vivífica en el arte de sus adoradores, y aun en el de sus enemigos; y ello es que en el siglo XIX se han escrito la *Pentecoste* y el *Nombre de María*; y ¿qué más os diré? hasta Leopardi, por su insaciado anhelo de la belleza eterna é increada y del bien infinito, por sus vagas aspiraciones y dolores, y hasta por su pesimismo, es un poeta místico á quien sólo faltó creer en Dios.

No desesperemos, pues, y el que tenga fe en el alma y valor para dar testimonio de su fe ante los hombres, cante de Dios, aun en medio del silencio general, que no faltarán, primero, almas que sientan con él, y luego voces que respondan á la suya. Y cante como lo hicieron sus mayores, claro y en castellano, y á lo cristiano viejo, sin filosofismos ni nebulosidades de allende, porque si ha de hacer sacrilega convención de Cristo con Belial, ó fingir lo que no siente, ó sacrificar un ápice de la verdad, vale más que se calle, ó que sea sincero como Enrique Heine y Alfredo de Musset, y dé voz á la ironía demoledora, ó describa los estremecimientos carnales y la muerte de Rolla sobre el lecho comprado para los deleites de su última noche; porque cien veces más aborrecibles que

todas las figuras de Caines y Manfremos rebeldos contra el cielo, son las devotas imágenes en que se siente la risa volteriana del escultor ¹.

HE DICHO.

¹ Por razones fáciles de comprender no he hablado de los escasos poetas místicos del siglo presente. Séame lícito, no obstante, hacer, aunque en forma de nota, una excepción, no de amistad, sino de justicia, en favor de la preciosa colección de *Idilios y Cantos Místicos* de Mosén Jacinto Verdaguer, alta gloria de la literatura catalana, y superior, en mi concepto, á su tan celebrado poema de *La Atlántida*. Sin hipérbole puedo decir que no se desdeñaría cualquiera de nuestros poetas del gran siglo de firmar algunas de las composiciones de ese volumen: tal es el fervor cristiano y la delicadeza de forma y de conceptos que en ellas resplandece.



DE LA HISTORIA

CONSIDERADA COMO OBRA ARTÍSTICA